

71), me parece impecable, bien estructurado e inteligentemente hecho, y, por tanto, fundamental para comprender esta tendencia poco conocida y estudiada de la novela histórica española del siglo XIX, ya que amplía el panorama tanto de este género como el de la literatura destinada a las mujeres. Especialmente significativo me parece, por ejemplo, la elección de un título que remite a la ficción sentimental en lugar de hacer referencia al tema histórico central de la novela: la huida de Abderramán I de Damasco hasta España y la fundación del califato andalusí, tema que, en la estructura de la obra, tiene una presencia dominante. O la utilización de fórmulas de interpelación a un «lector» indeterminado en el discurso histórico y a unas «hermosas lectoras» en el discurso sentimental que, definitivamente se convierten en las receptoras de la obra, como evidencia su frase final.

Esta edición, la primera desde la de 1875 (Madrid, Imprenta de Santos Laxé), destaca por el excelente aparato de las notas al texto, en las que Julián Bravo combina la información complementaria al pasaje tratado con la explicación de voces y la exposición de la fuente utilizada o literaturizada en cada ocasión, lo cual, combinado con el estudio previo, la convierte en lectura obligada para los estudiosos de la novela histórica española y de la literatura para mujeres.

MARGARITA ALMELA

BRINCOURT, ANDRÉ (1997) *Langue française terre d'accueil*. Editons du Rocher, 252 págs.

Este ensayo, publicado oportunamente en vísperas de la cumbre de la francofonía de Hanoi (noviembre de 1997), no es una historia de la literatura francófona, como podrían serlo los trabajos de Gérard Tougas (*Les écrivains d'expression française et la France*, 1964, reeditado en 1973) o Jean-Louis Joubert (*Littérature francophone: anthologie*, 1993), sino un «atestado» (un *constat* en palabras de su autor) de los numerosos escritores francófonos contemporáneos originarios de fuera de Francia, *venus d'ailleurs*. En un momento de pérdida de influencia y vigor por parte de la lengua francesa en el mundo, la literatura del país vecino se enriquece con la aportación valiosísima de numerosos escritores de origen extranjero, lo que le permite a André Brincourt afirmar que: «[...] en face d'une Francophonie qui perd du terrain, il en existe une qui a gagné le sien». Muchos de ellos han recibido en los últimos años los más variados galardones por parte de su país adoptivo: un sillón en la Academia francesa, como el argentino Bianciotti, otro en la no menos prestigiosa Academia Goncourt, como el español Semprún, los premios Médicis (el griego Alexakis), Goncourt (el ruso Makine), Renaudot (el croata Patrick Besson), etc. ¿Quiénes son estos forasteros, estos «métèques» que escriben en francés? Todos aque-

llos «dont l'origine est extérieure à l'Hexagone et qui, par ce fait –qu'ils soient ou non français– disposent d'une double «appartenance», ce qui implique un parcours culturel dans le choix de l'expression littéraire. Qu'il s'agisse de ceux qui, de loin, font entendre leur voix dans notre langue, ou qu'il s'agisse de ceux qui, moins déracinés que transplantés, ont trouvé en France leur raison de vivre et d'écrire». A ellos se les debe, en buena medida, el enriquecimiento y la evolución actual del francés, lengua que nació, nos lo recuerda Brincourt, bajo el signo de la pluridad: en las mismas fechas en el que Francisco I promulgaba la orden de Villers-Cotterêts, por la que el francés se iba a utilizar para la redacción de los textos oficiales, Jacques Cartier descubría Canadá y Calvino traducía la Biblia: «le français veut se connaître en reconnaissant d'autre part les langues dont il se sait héritier».

André Brincourt concibe, pues, esta presentación de la francofonía más actual como un recorrido, un «vagabundeo», según sus propias palabras, por la «Francophonie extérieure», desde los distintos lugares de origen de esos «extranjeros» hacia el lugar de emigración que no es Francia, sino el francés. Comienzo obligado por y desde el Magreb «composite», hoy una de las «composantes modernes de notre littérature». Empujados por las tormentas de arena del desierto llegaron desde allí Tahar Djaout, asesinado en 1993, Rachid Mi-

mouni, Rachid Boudjedra, Tahar Ben Jelloun, Yasmina Benguigui, entre otros. En sus obras, la lengua francesa «a su recueillir et porter l'espoir, la colère, et bientôt l'imaginaire des peuples colonisés d'Afrique». Paradójicamente, las palabras del colonizador se hicieron portadoras de las libertades que reclamaban los colonizados.

Desde las Antillas y gracias a la obra de Patrick Chamoiseau o Raphaël Confiant, llega una corriente literaria «qui fait valoir son originalité et dissipe, non sans éclat, son héritage linguistique»: un francés enriquecido con las frutas y las flores de la tierra, un francés distinto en giros, ritmos y destellos sintácticos, un francés cuyas desviaciones criollas le confieren «une sorte d'élégance endimanchée [...] la bellité, la méprisation, la craintitude. Comme si les mots, entre les archaïsmes et l'argot, nous étaient renvoyés avec un curieux mélange d'affectation, d'emphase et d'ironie». Llega también un intercambio epistolar entre el autor del libro y los escritores citados (del que se incluyen muestras), a menudo lleno de reproches e incomprendimientos, que opone dos visiones sobre la francofonía y el francés: demasiado «hexagonal» (desde el punto de vista de un Confiant o Chamoiseau), demasiado «criollo», rechazando y dilapidando, como un hijo pródigo, la herencia paterna (según afirma André Brincourt).

Desde Quebec, verdadera fortaleza de la lengua francesa, llegan Anne Hébert o Antonine Maillet, quie-

nes practican, como muchos otros de sus colegas y compatriotas, «la recherche d'identité par la langue». Sus privilegiadas relaciones con el Hexágono hacen pensar al lector avisado que no hay nada mejor que tener un enemigo común (en este caso el inglés) para entenderse y quererse.

Si la literatura francesa ha soñado a menudo con el Oriente, inventándolo a su guisa, el Oriente, el verdadero, está hoy cada vez más presente en francés. En Líbano, sobre todo, es la lengua elegida para expresar la alteridad: «C'est la chance de la langue française de se prêter ainsi à l'amour et au désir qu'ont d'elle ces étrangers dont elle a pourtant constitué, en une période historique, le signe de l'oppression», dice el poeta Salah Stétié. Para Vénus Khoury-Ghata, el francés es el compañero fiel, mientras que el árabe, el amante inestable y fugaz. Dualidad de lenguas, pluralidad de tradiciones y culturas, es la lección que la Historia nos enseña en las historias contadas con verdadera maestría por Amin Maalouf.

Desde aquel histórico 1948, cuando apareció *L'Anthologie de la poésie nègre de langue française* con el prólogo de Jean-Paul Sartre, la literatura africana de lengua francesa es bien conocida por todos: no solamente el universal Sédar Senghor, pero también Mongo Betti, Birago Diop, Camara Laye o Amadou Kourouma.

En el capítulo titulado simbólicamente «Permis de séjour sous la coupole», André Brincourt se ocupa de

esos «bárbaros» procedentes de distintos puntos cardinales, a los que la Academia Francesa no ha tenido reparos en acoger en su seno: el americano Julien Green, el ruso Henri Troyat, el argentino Hector Bianciotti.

Al banquete de la francofonía no podían faltar los vecinos: los suizos Chessex o Rougemont y los belgas Yourcenar, Ghelderode o Rolin, como tampoco los «verdaderos» *métèques*, aquellos cuyos padres, confiesa Guy Sorman, «ne parlaient pas français. Nous avons fait le parcours formateur. Exclus, exilés, intrus, accueillis». Son muchos, y muy distintos entre sí: del Este siempre enamorado de los colores franceses llegaron Vladimir Volkoff, Andreï Makine, Milan Kundera, Emile Cioran; del otro lado de los Pirineos, Jorge Semprún y Michel del Castillo. En Francia, y sobre todo en el francés, han encontrado una nueva patria, una nueva identidad, que les ha permitido solucionar problemas personales y reemplazar «une existence invivable par une langue habitable».

Al final de este periplo francófono, volvemos pues a la realidad de partida: la lengua. El acierto de este libro, a la vez que sus límites, estriba en prescindir de una francofonía geográfica, histórica o política, y defender únicamente la lingüística. De esta forma, se considera que la estrella que guió a esos extranjeros de excepción desde sus respectivos lugares de origen hacia Francia y la literatura francesa no fue la atracción de una

cultura, la perspectiva de una vida más libre y más fácil, ni siquiera el embrujo de una capital cosmopolita como París. Vinieron por y para el francés. André Brincourt los aclama como soldados de esa peculiar cruzada que muchos de los autóctonos dan por perdida: la defensa de la lengua francesa y de su lugar en la comunicación internacional. Recordemos a modo de conclusión estas palabras de Emile Cioran: «Aujourd'hui que cette langue [le français] est en plein déclin, ce qui m'attriste le plus c'est de constater que les Français n'ont pas l'air d'en souffrir. Et c'est moi, rebut des Balkans, qui me désole de la voir sombrer. Eh bien, je coulerai, inconsolable, avec elle».

DOINA POPA-LISEANU

GARCÍA-MACHO, M.^a LOURDES Y SABA, ANTONINA, *El léxico de la Ylída de Homero en romance traducida por Juan de Mena*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1999, 319 pp. + un disquete («Estudio de la UNED»).

La aparición de las concordancias léxicas de la *Ylída* que tradujo Juan de Mena merece ser saludada con entusiasmo.

La traducción de Mena fue juzgada con mucha severidad por Menéndez Pelayo, en su *Antología de po-*

etas líricos castellanos, quien no veía en esa prosa más que una especie de galimatías; muy diferente y matizado fue el juicio de María Rosa Lida en su extraordinario libro sobre el poeta cuatrocentista (*Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*, México, 1950). Ahora se nos brinda un corpus de los materiales léxicos dispuestos de manera precisa e ingeniosa, con la voz-guía o lema dentro de un amplio contexto. Este despojo sistemático de toda la obra permite un análisis lexicológico y también morfosintáctico, sin contar con las posibilidades que estos materiales ofrecen para llevar a cabo indagaciones de carácter literario.

Los estudios sobre el vocabulario del cuatrocientos español se ven enormemente enriquecidos gracias a este volumen, en donde el estudioso puede disponer del corpus completo del «Poeta» por excelencia del siglo XV, aquel que, por ejemplo, sirvió de guía a Nebrija para ejemplificar el buen uso en su *Gramática castellana* (1492). Mena fue el gran acarreador de cultismos al idioma del prerrenacimiento, de modo que la historia del léxico culto español tiene en esta publicación de María Lourdes García-Macho y Antonina Saba una piedra angular para su investigación.

Además de ofrecer el vocabulario ordenado alfabéticamente, las autoras han añadido cuatro muy útiles apéndices: I. «Lemas y formas en orden de frecuencia decreciente en la *Ylída*», II. «Nombres propios con